

The background of the cover is a sepia-toned illustration of a man with a beard and long hair, likely Victor Hugo, looking out from a prison cell. The cell has stone walls and a barred window. The overall mood is somber and historical.

Victor Hugo
Claudio Gueux

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

CLAUDIO GUEUX

VICTOR HUGO

PUBLICADO: 1834

**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA
ORIGEN: FR.WIKISOURCE.ORG**

CLAUDIO GEUX

Hace siete u ocho años, un hombre llamado Claude Gueux, pobre obrero, vivía en París. Tenía con él a una mujer que era su amante y a un hijo de esta mujer. Digo las cosas tal cual son, dejando que el lector recoja las moralidades a medida que los hechos las siembran en su camino. El obrero era capaz, hábil, inteligente, muy maltratado por la educación, muy bien tratado por la naturaleza, sin saber leer pero sabiendo pensar. Un invierno, faltó el trabajo. No había ni fuego ni pan en la buhardilla. El hombre, la mujer y el niño tuvieron frío y hambre. El hombre robó. No sé qué robó, no sé dónde robó. Lo que sé es que de ese robo resultaron tres días de pan y fuego para la mujer y el niño, y cinco años de prisión para el hombre.

El hombre fue enviado a cumplir su condena en la casa central de Clairvaux. Clairvaux, abadía convertida en bastilla, celda transformada en celda, altar convertido en picota. Cuando hablamos de progreso, es así como ciertas personas lo entienden y ejecutan. Esto es lo que ponen bajo nuestra palabra.

Continuemos.

Al llegar allí, lo pusieron en un calabozo por la noche y en un taller durante el día. No es el taller lo que yo critico.

Claude Gueux, honesto obrero antaño, ladrón en adelante, era una figura digna y grave. Tenía la frente alta, ya arrugada aunque aún joven, algunos cabellos grises perdidos entre las matas negras, los ojos dulces y profundamente hundidos bajo una bien formada ceja, las fosas nasales abiertas, el

mentón prominente, el labio desdeñoso. Era una hermosa cabeza. Vamos a ver qué hizo la sociedad con ella.

Era de pocas palabras, raros gestos, algo imperioso en toda su persona que hacía que se le obedeciera, con aire pensativo, serio más que sufriente. Sin embargo, había sufrido mucho.

En el depósito donde Claude Gueux estaba encerrado, había un director de los talleres, especie de funcionario propio de las prisiones, que era a la vez carcelero y mercader, que ordenaba al obrero y amenazaba al prisionero, que te ponía la herramienta en las manos y los grilletes en los pies. Aquel era una variedad de la especie, un hombre breve, tiránico, obediente a sus ideas, siempre con las riendas cortas sobre su autoridad; además, en ocasiones, buen compañero, buen príncipe, jovial incluso y burlón con gracia; duro más que firme; sin razonar con nadie, ni siquiera consigo mismo; buen padre, buen marido, sin duda, lo cual es deber y no virtud; en una palabra, no malvado, sino malo. Era uno de esos hombres que no tienen nada de vibrante ni de elástico, que están compuestos de moléculas inertes, que no resuenan al choque de ninguna idea, al contacto de ningún sentimiento, que tienen cóleras heladas, odios sombríos, arrebatos sin emoción, que arden sin calentarse, cuya capacidad calorífica es nula, y que a menudo parecen de madera; arden por un extremo y están fríos por el otro. La línea principal, la línea diagonal del carácter de ese hombre, era la tenacidad. Estaba orgulloso de ser tenaz y se comparaba a Napoleón. Esto no es más que una ilusión óptica. Hay muchas personas que se engañan y que, a cierta distancia, confunden la tenacidad con la voluntad, y una vela con una estrella. Así que, una vez que este hombre había ajustado lo que él llamaba su voluntad a una cosa absurda, avanzaba con la cabeza alta y a través de toda maleza hasta el final de la cosa absurda. La obstinación sin inteligencia es la necesidad unida a la estupidez y sirviéndole de extensión. Esto llega lejos. En general, cuando una catástrofe privada o pública se ha derrumbado sobre nosotros, si examinamos, a partir de los escombros que yacen en el suelo, de qué manera se ha construido, encontramos casi siempre que ha sido ciegamente edificada por un hombre mediocre y obstinado que tenía fe en sí mismo y se admiraba. Hay por el mundo muchas de estas pequeñas fatalidades testarudas que se creen providencias.

Así era el director de los talleres de la prisión central de Clairvaux. Así era el chisquero con el cual la sociedad golpeaba cada día a los prisioneros

para sacarles chispas.

La chispa que tales chisqueros arrancan de tales piedras a menudo enciende incendios.

Hemos dicho que una vez llegado a Clairvaux, Claude Gueux fue numerado en un taller y encadenado a una tarea. El director del taller lo conoció, lo reconoció como buen obrero y lo trató bien. Parece incluso que un día, estando de buen humor y viendo a Claude Gueux muy triste, pues este hombre pensaba siempre en la que llamaba su mujer, le contó, a modo de jovialidad y distracción, y también para consolarlo, que esa desdichada se había convertido en una mujer pública. Claude preguntó fríamente qué había sido del niño. No se sabía.

Al cabo de unos meses, Claude se aclimató al aire de la prisión y pareció no pensar en nada más. Una cierta serenidad severa, propia de su carácter, había retomado el control.

En el mismo periodo de tiempo aproximadamente, Claude había adquirido un singular ascendente sobre todos sus compañeros. Como por una especie de convenio tácito, y sin que nadie supiera por qué, ni siquiera él, todos esos hombres lo consultaban, lo escuchaban, lo admiraban y lo imitaban, lo cual es el último grado ascendente de la admiración. No era una gloria mediocre ser obedecido por todas esas naturalezas desobedientes. Ese imperio le había venido sin que él lo pensara. Se debía a la mirada que tenía en los ojos. El ojo del hombre es una ventana por la que se ven los pensamientos que van y vienen en su cabeza.

Pon a un hombre que contiene ideas entre hombres que no las contienen, y al cabo de un tiempo dado y por una ley de atracción irresistible, todos los cerebros oscuros gravitarán humildemente y con adoración alrededor del cerebro radiante. Hay hombres que son hierro y hombres que son imán. Claude era imán.

En menos de tres meses, Claude se había convertido en el alma, la ley y el orden del taller. Todas esas agujas giraban en su esfera. Debía dudar él mismo a veces si era rey o prisionero. Era una especie de papa cautivo con sus cardenales.

Y, por una reacción natural cuyo efecto se cumple en todas las escalas, amado por los prisioneros, era detestado por los carceleros. Siempre es así.

La popularidad nunca va sin el desagrado. El amor de los esclavos siempre va acompañado del odio de los amos.

Claude Gueux era gran comedor. Era una particularidad de su organización. Tenía el estómago hecho de tal manera que la comida de dos hombres ordinarios apenas le bastaba para el día. M. de Cotadilla tenía uno de esos apetitos y se reía de ello; pero lo que es una ocasión de alegría para un duque grande de España que tiene quinientas mil ovejas es una carga para un obrero y una desgracia para un prisionero.

Claude Gueux, libre en su desván, trabajaba todo el día, ganaba su pan de cuatro libras y se lo comía. Claude Gueux, en prisión, trabajaba todo el día y recibía invariablemente por su esfuerzo una libra y media de pan y cuatro onzas de carne. La ración es inexorable. Claude tenía, pues, habitualmente hambre en la prisión de Clairvaux.

Tenía hambre, y eso era todo. No hablaba de ello. Su naturaleza era así.

Un día, Claude acababa de devorar su escasa pitanza y se había vuelto a su oficio, creyendo engañar al hambre con el trabajo. Los otros prisioneros comían alegremente. Un joven, pálido, blanco, débil, se acercó a él. Llevaba en la mano su ración, a la que aún no había tocado, y un cuchillo. Se quedó allí de pie, cerca de Claude, con aire de querer hablar y no atreverse. Aquel hombre, su pan y su carne, importunaban a Claude.

—¿Qué quieres? —dijo finalmente bruscamente.

—Que me hagas un favor —dijo tímidamente el joven.

—¿Cuál? —replicó Claude.

—Que me ayudes a comer esto. Tengo demasiado.

Una lágrima rodó en el altivo ojo de Claude. Tomó el cuchillo, partió la ración del joven en dos partes iguales, tomó una y empezó a comer.

—Gracias —dijo el joven. Si quieres, compartiremos así todos los días.

—¿Cómo te llamas? —dijo Claude Gueux.

—Albin.

—¿Por qué estás aquí? —replicó Claude.

—He robado.

— Y yo también — dijo Claude.

Compartieron de hecho así todos los días. Claude Gueux tenía treinta y seis años, y por momentos parecía tener cincuenta, tanto era severo su pensamiento habitual. Albin tenía veinte años, se le habrían dado diecisiete, pues aún había mucha inocencia en la mirada de aquel ladrón. Una estrecha amistad se forjó entre estos dos hombres. Amistad de padre a hijo más que de hermano a hermano. Albin era todavía casi un niño; Claude era ya casi un anciano.

Trabajaban en el mismo taller, dormían bajo la misma llave de bóveda, se paseaban en el mismo patio, mordían el mismo pan. Cada uno de los dos amigos era el universo para el otro. Parece que eran felices.

Ya hemos hablado del director de los talleres. Aquel hombre, odiado por los prisioneros, estaba a menudo obligado, para hacerse obedecer por ellos, a recurrir a Claude Gueux que era amado por ellos. En más de una ocasión, cuando se trataba de impedir una rebelión o un tumulto, la autoridad sin título de Claude Gueux había prestado apoyo a la autoridad oficial del director. En efecto, para contener a los prisioneros, diez palabras de Claude valían diez gendarmes. Claude había prestado ese servicio al director muchas veces. Por eso el director lo detestaba cordialmente. Sentía celos de aquel ladrón. Tenía en el fondo del corazón un odio secreto, envidioso, implacable, contra Claude, un odio de soberano de derecho a soberano de hecho, de poder temporal a poder espiritual.

Esos odios son los peores.

Claude quería mucho a Albin y no pensaba en el director.

Un día, una mañana, en el momento en que los condenados pasaban de dos en dos del dormitorio al taller, un carcelero llamó a Albin, que estaba junto a Claude, y le informó que el director lo requería.

— ¿Qué te quiere? — dijo Claude.

— No lo sé — respondió Albin.

El carcelero se llevó a Albin.

La mañana pasó y Albin no volvió al taller. Cuando llegó la hora de la comida, Claude pensó que encontraría a Albin en el patio. Albin no estaba en el patio. Volvieron al taller, y Albin no apareció en el taller. Así transcu-

rrió el día. Por la tarde, cuando regresaron a los prisioneros a su dormitorio, Claude buscó con la mirada a Albin, pero no lo vio. Parece que sufrió mucho en ese momento, ya que se dirigió a un carcelero, cosa que nunca hacía.

—¿Está enfermo Albin? —dijo.

—No —respondió el carcelero.

—Entonces, ¿por qué no ha vuelto hoy? —replicó Claude.

—Ah —dijo descuidadamente el carcelero—, lo han cambiado de sector.

Los testigos que testificaron sobre estos hechos más tarde notaron que, ante esta respuesta del carcelero, la mano de Claude, que sostenía una vela encendida, tembló ligeramente. Respondió con calma:

—¿Quién dio esa orden?

El carcelero respondió:

—El señor D.

El director de los talleres se llamaba señor D.

El día siguiente transcurrió como el día anterior, sin Albin.

Por la tarde, a la hora del cierre de los trabajos, el director, el señor D., vino a hacer su ronda habitual en el taller. Desde lejos, Claude lo vio, se quitó el gorro de lana gruesa, abotonó su chaqueta gris, triste librea de Clairvaux, pues es un principio en las prisiones que una chaqueta respetuosamente abotonada favorece a los superiores, y se mantuvo de pie y con su gorro en la mano a la entrada de su banco, esperando el paso del director. El director pasó.

—¡Señor! —dijo Claude.

El director se detuvo y se giró a medias.

—Señor —prosiguió Claude—, ¿es verdad que han cambiado a Albin de sector?

—Sí —respondió el director.

—Señor —continuó Claude—, necesito a Albin para vivir.

Añadió:

—Usted sabe que no tengo suficiente con la ración de la casa y que Albin compartía su pan conmigo.

—Eso era asunto suyo —dijo el director.

—Señor, ¿no habría manera de devolver a Albin al mismo sector que yo?

—Imposible. Ya hay una decisión tomada.

—¿Por quién?

—Por mí.

—Señor D. —dijo Claude—, esto es cuestión de vida o muerte para mí, y depende de usted.

—Nunca revierto mis decisiones.

—Señor, ¿le he hecho algo? ¿Qué le he hecho?

—Nada.

—En ese caso —dijo Claude—, ¿por qué me separa de Albin?

—Porque sí —dijo el director.

Dada esta explicación, el director siguió su camino.

Claude bajó la cabeza y no replicó. ¡Pobre león enjaulado a quien le quitaban su perro!

Debemos decir que el dolor de esta separación no alteró en nada la voracidad casi enfermiza del prisionero. Por lo demás, no parecía haber cambiado visiblemente. No hablaba de Albin con ninguno de sus compañeros. Caminaba solo en el patio en las horas de recreo, y tenía hambre. Nada más.

Sin embargo, aquellos que lo conocían bien notaban algo siniestro y sombrío que cada día se espesaba más en su rostro. Además, era más amable que nunca.

Varios quisieron compartir su ración con él, pero él lo rechazó sonriendo.

Todas las noches, desde la explicación que le había dado el director, hacía una especie de locura que sorprendía viniendo de un hombre tan serio. En el momento en que el director, traído puntualmente por su ronda habitual, pasaba frente al puesto de trabajo de Claude, Claude levantaba los ojos y lo miraba fijamente, y luego le dirigía en un tono lleno de angustia y cóle-

ra, que era a la vez una súplica y una amenaza, estas dos palabras solamente: ¿Y Albin? El director hacía como si no oyera o se alejaba encogiéndose de hombros.

Ese hombre se equivocaba al encogerse de hombros, pues era evidente para todos los espectadores de esas escenas extrañas que Claude Gueux estaba internamente decidido a algo. Toda la prisión esperaba con ansiedad cuál sería el resultado de esta lucha entre una tenacidad y una resolución.

Se ha constatado que una vez, entre otras, Claude dijo al director:

—Escuche, señor, devuélvame a mi compañero. Hará bien, se lo aseguro. Note que le digo esto.

Otra vez, un domingo, mientras estaba en el patio, sentado en una piedra, con los codos en las rodillas y la frente en las manos, inmóvil desde hacía varias horas en la misma posición, el condenado Faillette se acercó a él y le gritó riendo:

—¿Qué demonios haces ahí, Claude?

Claude levantó lentamente su severa cabeza y dijo:

—Estoy juzgando a alguien.

Finalmente, una tarde, el 25 de octubre de 1831, en el momento en que el director hacía su ronda, Claude rompió bajo su pie, con ruido, un vidrio de reloj que había encontrado esa mañana en un pasillo. El director preguntó de dónde venía ese ruido.

—No es nada —dijo Claude—, soy yo. Señor director, devuélvame a Albin, devuélvame a mi compañero.

—Imposible —dijo el director.

—Pero debe ser así —dijo Claude con voz baja y firme; y, mirando al director a la cara, añadió:

—Reflexione. Hoy es 25 de octubre. Le doy hasta el 4 de noviembre.

Un carcelero hizo notar al señor D. que Claude lo amenazaba, y que era un caso de calabozo.

—No, nada de calabozo —dijo el director con una sonrisa desdeñosa—, hay que ser bueno con esta gente.

Al día siguiente, el condenado Pernot se acercó a Claude, que caminaba solo y pensativo, dejando a los demás prisioneros divertirse en un pequeño cuadro de sol al otro extremo del patio.

—Bueno, Claude, ¿en qué piensas? Pareces triste.

—Temo —dijo Claude— que pronto le suceda una desgracia a este buen señor D.

Hay nueve días completos del 25 de octubre al 4 de noviembre. Claude no dejó pasar uno solo sin advertir gravemente al director del estado cada vez más doloroso en que lo ponía la desaparición de Albin. El director, cansado, le infligió una vez veinticuatro horas de calabozo porque la súplica se parecía demasiado a una intimidación. Eso fue todo lo que Claude obtuvo.

El 4 de noviembre llegó. Ese día, Claude se despertó con un rostro sereno que no se le había visto desde el día en que la decisión del señor D. lo había separado de su amigo. Al levantarse, hurgó en una especie de caja de madera blanca que estaba a los pies de su cama y que contenía sus pocas prendas. Sacó un par de tijeras de costurera. Era, junto con un volumen incompleto del Emilio, la única cosa que le quedaba de la mujer que había amado, la madre de su hijo, de su pequeño y feliz hogar de antaño. Dos objetos bien inútiles para Claude; las tijeras sólo podían servir a una mujer, el libro a un letrado. Claude no sabía ni coser ni leer.

En el momento en que atravesaba el viejo claustro deshonorado y encalado que servía de paseo en invierno, se acercó al condenado Ferrari, que miraba con atención los enormes barrotes de una ventana. Claude sostenía en la mano la pequeña tijera; la mostró a Ferrari diciendo:

—Esta noche cortaré estos barrotes con estas tijeras.

Ferrari, incrédulo, se echó a reír, y Claude también.

Esa mañana, trabajó con más ardor que de costumbre; nunca había trabajado tan rápido y tan bien. Pareció darle cierta importancia terminar en la mañana un sombrero de paja que un honesto burgués de Troyes, el señor Bressier, le había pagado por adelantado.

Un poco antes del mediodía, bajó con un pretexto al taller de carpintería situado en la planta baja, debajo del piso donde él trabajaba. Claude era querido allí como en otros lugares, pero rara vez entraba.

— ¡Vaya! ¡Aquí está Claude!

Lo rodearon. Fue una fiesta. Claude echó un vistazo rápido a la sala. No había ni un solo vigilante.

— ¿Quién tiene un hacha para prestarme? — dijo.

— ¿Para qué? — le preguntaron.

Él respondió:

— Para matar esta noche al director de los talleres.

Le presentaron varias hachas para elegir. Tomó la más pequeña, que era muy afilada, la escondió en su pantalón y salió. Había allí veintisiete prisioneros. No les había pedido que guardaran el secreto. Todos lo guardaron.

Ni siquiera hablaron del asunto entre ellos.

Cada uno esperó por su cuenta lo que sucedería. El asunto era terrible, directo y simple. No había posible complicación. Claude no podía ser ni aconsejado ni denunciado.

Una hora después, abordó a un joven condenado de dieciséis años que bostezaba en el paseo, y le aconsejó aprender a leer. En ese momento, el preso Faillette se acercó a Claude y le preguntó qué demonios escondía en su pantalón. Claude dijo:

— Es un hacha para matar al señor D. esta noche.

Añadió:

— ¿Se nota?

— Un poco — dijo Faillette.

El resto del día fue como de costumbre. A las siete de la noche, encerraron a los prisioneros, cada sección en el taller que se le había asignado; y los vigilantes salieron de las salas de trabajo, como parece ser la costumbre, para no volver hasta después de la ronda del director.

Claude Gueux fue, pues, encerrado como los demás en su taller con sus compañeros de trabajo.

Entonces, ocurrió en ese taller una escena extraordinaria, una escena que no carece ni de majestuosidad ni de terror, la única de su tipo que ninguna

historia pueda contar.

Había allí, como ha constatado la investigación judicial que tuvo lugar después, ochenta y dos ladrones, incluido Claude.

Una vez que los vigilantes los dejaron solos, Claude se levantó sobre su banco y anunció a toda la sala que tenía algo que decir. Se hizo silencio.

Entonces, Claude alzó la voz y dijo:

— Todos sabéis que Albin era mi hermano. No tengo suficiente con lo que me dan aquí para comer. Incluso comprando sólo pan con lo poco que gano, no sería suficiente. Albin compartía su ración conmigo; lo amé primero porque me alimentó, luego porque me amó. El director, el señor D., nos ha separado. No le importaba que estuviéramos juntos; pero es un hombre malo, que disfruta atormentando. Le he pedido a Albin de vuelta. ¿Habéis visto? No ha querido. Le di hasta el 4 de noviembre para devolverme a Albin. Me puso en el calabozo por decir eso. Yo, durante ese tiempo, lo he juzgado y lo he condenado a muerte. Hoy es 4 de noviembre. Vendrá en dos horas a hacer su ronda. Os aviso que voy a matarlo. ¿Tenéis algo que decir al respecto?

Todos guardaron silencio.

Claude continuó. Habló, al parecer, con una elocuencia singular, que por cierto le era natural. Declaró que sabía bien que iba a hacer un acto violento, pero que no creía estar equivocado. Apeló a la conciencia de los ochenta y un ladrones que lo escuchaban:

Que se encontraba en una situación difícil;

Que la necesidad de hacer justicia por sí mismo era un callejón sin salida en el que a veces uno se encontraba;

Que en verdad no podía quitarle la vida al director sin dar la suya propia, pero que encontraba bueno dar su vida por una causa justa;

Que había reflexionado maduramente, y sólo sobre eso, durante dos meses;

Que creía no dejarse llevar por el resentimiento, pero que, en caso de que así fuera, suplicaba que se lo advirtieran;

Que sometía honestamente sus razones a los hombres justos que lo rodeaban;

Que, por lo tanto, iba a matar al señor D., pero que, si alguien tenía una objeción que hacerle, estaba dispuesto a escucharla.

Solo una voz se levantó y dijo que antes de matar al director, Claude debía intentar una última vez hablar con él y ablandarlo.

—Es justo —dijo Claude, y lo haré.

Las ocho dieron en el gran reloj. El director debía venir a las nueve.

Una vez que este extraño tribunal de casación ratificó en cierto modo la sentencia que había emitido, Claude recuperó toda su serenidad. Puso en una mesa toda la ropa y prendas que poseía, la pobre vestimenta del prisionero, y, llamando uno por uno a aquellos de sus compañeros que más quería después de Albin, les distribuyó todo. Sólo se quedó con la pequeña tijera.

Luego los abrazó a todos. Algunos lloraban, él sonreía a esos.

Hubo en esa última hora momentos en los que conversó con tanta tranquilidad e incluso alegría, que varios de sus compañeros esperaban internamente, como han declarado después, que tal vez abandonara su resolución. Incluso se divirtió una vez apagando una de las raras velas que iluminaban el taller con el soplo de su nariz, pues tenía malos hábitos de educación que perturbaban su dignidad natural más a menudo de lo que hubiera sido necesario. Nada podía hacer que ese antiguo gamín de las calles no tuviera por momentos el olor de las alcantarillas de París.

Vio a un joven condenado que estaba pálido, que lo miraba con ojos fijos y que temblaba, sin duda esperando lo que iba a ver.

—Vamos, ánimo, joven —le dijo Claude suavemente—, sólo será cuestión de un momento.

Cuando hubo distribuido todas sus prendas, hecho todos sus adioses, estrechado todas las manos, interrumpió algunas charlas inquietas que se hacían aquí y allá en los rincones oscuros del taller, y ordenó que se volvieran al trabajo. Todos obedecieron en silencio.

El taller donde esto ocurría era una sala oblonga, un largo paralelogramo con ventanas en sus dos lados largos y dos puertas enfrentadas en sus dos

extremos. Los puestos de trabajo con sus bancos estaban alineados a cada lado cerca de las ventanas, los bancos tocando la pared en ángulo recto, y el espacio libre entre las dos filas de puestos formaba una especie de largo pasillo que iba en línea recta de una puerta a la otra, atravesando toda la sala. Este largo pasillo, bastante estrecho, era el que el director tenía que recorrer durante su inspección; debía entrar por la puerta sur y salir por la puerta norte, después de mirar a los trabajadores a derecha e izquierda. Por lo general, hacía este trayecto bastante rápido y sin detenerse.

Claude se había vuelto a colocar en su banco y había vuelto al trabajo, como si Jacques Clément hubiera vuelto a la oración.

Todos esperaban. El momento se acercaba. De repente se oyó un campanazo. Claude dijo:

—Es el cuarto de hora previo.

Entonces se levantó, cruzó gravemente una parte de la sala y fue a apoyarse en el ángulo del primer puesto a la izquierda, justo al lado de la puerta de entrada. Su rostro estaba perfectamente calmado y benevolente.

Dieron las nueve. La puerta se abrió. El director entró.

En ese momento, se hizo en el taller un silencio de estatuas.

El director estaba solo, como de costumbre.

Entró con su cara jovial, satisfecha e inexorable, no vio a Claude que estaba de pie a la izquierda de la puerta, con la mano derecha escondida en su pantalón, y pasó rápidamente frente a los primeros puestos de trabajo, moviendo la cabeza, mascullando sus palabras, y lanzando aquí y allá su mirada banal, sin darse cuenta de que todos los ojos que lo rodeaban estaban fijos en una idea terrible.

De repente se giró bruscamente, sorprendido de escuchar un paso detrás de él.

Era Claude, que lo seguía en silencio desde hacía unos momentos.

—¿Qué haces ahí, tú? —dijo el director—; ¿por qué no estás en tu lugar?

Porque un hombre ya no es un hombre allí. Es un perro. Se le tutea.

Claude Gueux respondió respetuosamente:

—Es que tengo que hablar con usted, señor director.

—¿De qué?

—De Albin.

—¡Otra vez! —dijo el director.

—¡Siempre! —dijo Claude.

—¡Ah! —replicó el director, continuando su camino—, ¿no tuviste suficiente con veinticuatro horas de calabozo?

Claude respondió mientras lo seguía:

—Señor director, devuélvame a mi compañero.

—Imposible.

—Señor director —dijo Claude con una voz que hubiese conmovido al demonio—, se lo suplico, devuelva a Albin conmigo, verá cómo trabajo bien. Usted que es libre, le da igual, no sabe lo que es un amigo; pero yo, no tengo más que los cuatro muros de la prisión. Usted puede ir y venir; yo no tengo más que a Albin. Devuélvame. Albin me alimentaba, usted lo sabe bien. No le costaría más que decir sí. ¿Qué le importa que haya en la misma sala un hombre que se llama Claude Gueux y otro que se llama Albin? Porque no es más complicado que eso. Señor director, mi buen señor D., se lo suplico realmente, ¡en nombre del cielo!

Claude tal vez nunca había hablado tanto a la vez a un carcelero. Después de este esfuerzo, agotado, esperó. El director replicó con un gesto de impaciencia:

—Imposible. Está dicho. Vamos, no me hables más de eso. Me aburres.

Y, como tenía prisa, aceleró el paso. Claude también. Hablando así llegaron ambos cerca de la puerta de salida. Los ochenta ladrones miraban y escuchaban, jadeantes.

Claude tomó suavemente el borde del abrigo del director.

—¡Pero al menos que sepa por qué estoy condenado a muerte! Dígame por qué lo separó de mí.

—Ya te lo he dicho —respondió el director—. Porque sí.

Y, dando la espalda a Claude, extendió la mano hacia el pestillo de la puerta de salida.

Ante la respuesta del director, Claude retrocedió un paso. Las ochenta estatuas que estaban allí vieron salir de su pantalón su mano derecha con el hacha. Esa mano se levantó, y antes de que el director pudiera dar un grito, tres golpes de hacha, cosa horrible de decir, asestados en el mismo corte, le habían abierto el cráneo. En el momento en que caía de espaldas, un cuarto golpe le desfiguró el rostro. Luego, como una furia desatada no se detiene de golpe, Claude Gueux le partió el muslo derecho con un quinto golpe inútil. El director estaba muerto.

Entonces Claude arrojó el hacha y gritó: ¡Ahora el otro! El otro era él. Se le vio sacar de su chaqueta las pequeñas tijeras de "su mujer", y, sin que nadie pensara en impedirsele, se las clavó en el pecho. La hoja era corta, el pecho era profundo. Se hirió repetidamente, más de veinte veces, gritando: —¡Corazón maldito, no te encontraré!— Y finalmente cayó bañado en su sangre, desmayado sobre el muerto.

¿Cuál de los dos era la víctima del otro?

Cuando Claude recobró el conocimiento, estaba en una cama, cubierto de lienzos y vendajes, rodeado de cuidados. Tenía a su lado buenas hermanas de caridad, y además a un juez de instrucción que realizaba diligencias y que le preguntó con mucho interés: —¿Cómo se siente?

Había perdido una gran cantidad de sangre, pero las tijeras con las que tuvo la superstición conmovedora de golpearse no habían cumplido bien su deber; ninguna de las heridas que se infligió era peligrosa. Las únicas heridas mortales eran las que había infligido al señor D.

Comenzaron los interrogatorios. Le preguntaron si había sido él quien mató al director de los talleres de la prisión de Clairvaux. Respondió: Sí. Le preguntaron por qué. Respondió: Porque sí.

Sin embargo, en cierto momento, sus heridas se infectaron. Fue atacado por una fiebre mala de la que casi murió.

Noviembre, diciembre, enero y febrero se pasaron en cuidados y preparativos. Médicos y jueces se apresuraban alrededor de Claude. Unos curaban sus heridas, otros preparaban su cadalso.

Abrevio. El 16 de marzo de 1832, apareció, perfectamente curado, ante la corte de assises de Troyes. Todo lo que la ciudad puede reunir en multitud estaba allí.

Claude tuvo una buena actitud ante la corte. Se había afeitado con cuidado, tenía la cabeza descubierta, vestía ese triste traje de los prisioneros de Clairvaux, mitad de dos tipos de gris.

El fiscal del rey había llenado la sala de bayonetas, "para contener, dijo en la audiencia, a todos los criminales que debían figurar como testigos en este caso".

Cuando se iniciaron los debates, surgió una dificultad singular. Ninguno de los testigos de los eventos del 4 de noviembre quería declarar contra Claude. El presidente los amenazó con su poder discrecional. Fue en vano. Claude entonces les ordenó declarar. Todas las lenguas se desataron. Dijeron lo que habían visto.

Claude los escuchaba a todos con una profunda atención. Cuando uno de ellos, por olvido, o por afecto hacia Claude, omitía hechos que perjudicaban al acusado, Claude los restablecía.

De testimonio en testimonio, la serie de hechos que acabamos de desarrollar se desplegó ante la corte.

Hubo un momento en el que las mujeres que estaban allí lloraron. El ujier llamó al condenado Albin. Era su turno de declarar. Entró tambaleándose. Sollozaba. Los gendarmes no pudieron evitar que cayera en los brazos de Claude. Claude lo sostuvo y dijo sonriendo al fiscal del rey: —He aquí un criminal que comparte su pan con los que tienen hambre. —Luego besó la mano de Albin.

Agotada la lista de testigos, el fiscal del rey se levantó y tomó la palabra en estos términos: —Señores del jurado, la sociedad se vería sacudida hasta sus cimientos si la vindicta pública no alcanzara a los grandes culpables como este que, etc.

Después de este discurso memorable, el abogado de Claude habló. La argumentación en contra y la argumentación a favor hicieron, cada una en su turno, las evoluciones que suelen hacer en esa especie de hipódromo que se llama juicio penal.

Claude juzgó que no se había dicho todo. Se levantó a su vez. Habló de tal manera que una persona inteligente que asistía a esa audiencia se marchó asombrada. Parece que este pobre obrero contenía más bien un orador que un asesino. Habló de pie, con una voz penetrante y bien modulada, con un ojo claro, honesto y resuelto, con un gesto casi siempre el mismo, pero lleno de dominio. Dijo las cosas como eran, simplemente, seriamente, sin exagerar ni minimizar, admitió todo, miró el artículo 296 de frente y puso su cabeza bajo él. Tuvo momentos de verdadera alta elocuencia que conmovían a la multitud, y en los que la audiencia se repetía al oído lo que acababa de decir. Eso provocaba un murmullo durante el cual Claude tomaba aliento lanzando una mirada orgullosa a los asistentes. En otros momentos, ese hombre que no sabía leer era dulce, cortés, preciso, como un letrado; luego, por momentos, aún, modesto, mesurado, atento, avanzando paso a paso en la parte irritante de la discusión, benevolente con los jueces. Solo una vez se dejó llevar por un arranque de ira. El fiscal del rey había establecido en el discurso que hemos citado en su totalidad que Claude Gueux había asesinado al director de los talleres sin provocación ni violencia por parte del director, por lo tanto sin provocación.

— ¡Cómo! — exclamó Claude —, ¿no he sido provocado? ¡Ah! Sí, claro, tiene razón. Lo entiendo. Un hombre borracho me da un puñetazo, lo mato, he sido provocado, me perdonan, me envían a galeras. Pero un hombre que no está borracho y tiene toda su razón me comprime el corazón durante cuatro años, me humilla durante cuatro años, me pica todos los días, a todas horas, a cada minuto, con un alfiler en algún lugar inesperado durante cuatro años. Tenía una mujer por la que robé, él me tortura con esa mujer; tenía un hijo por el que robé, él me tortura con ese hijo; no tengo suficiente pan, un amigo me lo da, él me quita mi amigo y mi pan. Pido a mi amigo, me pone en el calabozo. Le digo usted a él, delator, y él me dice tú. Le digo que sufro, él me dice que le aburro. Entonces, ¿qué quieren que haga? Lo mato. Está bien. Soy un monstruo, he matado a ese hombre, no he sido provocado, me cortan la cabeza. ¡Hagan! —

Movimiento sublime, según nosotros, que hacía surgir de repente, por encima del sistema de provocación material, sobre el cual se apoya la mal proporcionada escala de las circunstancias atenuantes, toda una teoría de la provocación moral olvidada por la ley.

Cerrados los debates, el presidente hizo su resumen imparcial y luminoso. El resultado fue este. Una vida vil. Un monstruo en efecto. Claude Gueux había empezado viviendo en concubinato con una prostituta, luego había robado, luego había matado. Todo eso era verdad.

En el momento de enviar a los jurados a su deliberación, el presidente preguntó al acusado si tenía algo que decir sobre la formulación de las preguntas.

—Poco, dijo Claude. Sin embargo, aquí va. Soy un ladrón y un asesino. He robado y matado. Pero ¿por qué he robado? ¿por qué he matado? Coloquen esas dos preguntas junto a las otras, señores jurados.

Después de un cuarto de hora de deliberación, por la declaración de los doce champañeses que se llamaban señores jurados, Claude Gueux fue condenado a muerte.

Es cierto que, desde la apertura de los debates, varios de ellos habían notado que el acusado se llamaba Gueux, lo cual les había causado una profunda impresión.

Leyeron su sentencia a Claude, quien simplemente dijo:

—Está bien. Pero, ¿por qué robó este hombre? ¿Por qué mató este hombre? Esas son dos preguntas a las que no responden.

De vuelta en la prisión, cenó alegremente y dijo:

—¡Treinta y seis años de hechos!

No quiso recurrir en casación. Una de las hermanas que lo habían cuidado vino a suplicarle entre lágrimas. Accedió por complacerla. Parece que resistió hasta el último momento, pues, en el momento en que firmó su recurso en el registro del juzgado, el plazo legal de tres días había expirado hacía unos minutos. La pobre chica agradecida le dio cinco francos. Él tomó el dinero y le agradeció.

Mientras su recurso estaba pendiente, los prisioneros de Troyes le ofrecieron medios para escapar, todos ellos comprometidos. Rechazó. Los detenidos lanzaron sucesivamente en su celda, a través del ventanuco, un clavo, un trozo de alambre y un asa de cubo. Cualquiera de estos tres instrumentos habría sido suficiente, para un hombre tan inteligente como Claude, para limar sus grilletes. Devolvió el asa, el alambre y el clavo al carcelero.

El 8 de junio de 1832, siete meses y cuatro días después del hecho, la ejecución llegó, pede claudó, como se ve. Ese día, a las siete de la mañana, el secretario del tribunal entró en la celda de Claude y le anunció que sólo le quedaba una hora de vida. Su recurso había sido rechazado.

—Vamos —dijo Claude fríamente—, he dormido bien esta noche sin sospechar que dormiré aún mejor la próxima.

Parece que las palabras de los hombres fuertes siempre adquieren una cierta grandeza al acercarse la muerte.

Llegó el sacerdote, luego el verdugo. Fue humilde con el sacerdote, amable con el otro. No rehusó ni su alma ni su cuerpo.

Mantuvo una libertad de espíritu perfecta. Mientras le cortaban el cabello, alguien habló, en un rincón de la celda, sobre el cólera que amenazaba a Troyes en ese momento.

—En cuanto a mí —dijo Claude con una sonrisa—, no tengo miedo del cólera.

Escuchaba al sacerdote con extrema atención, acusándose mucho y lamentando no haber sido instruido en la religión.

A su pedido, le devolvieron las tijeras con las que se había herido. Falta una hoja, que se había roto en su pecho. Pidió al carcelero que hiciera llegar de su parte esas tijeras a Albin. Dijo también que deseaba que se añadiera a ese legado la ración de pan que debía comer ese día.

Pidió a quienes le ataron las manos que colocaran en su mano derecha la moneda de cinco francos que le había dado la hermana, la única cosa que le quedaba.

A las ocho menos cuarto, salió de la prisión, con todo el lúgubre cortejo ordinario de los condenados. Estaba a pie, pálido, con los ojos fijos en el crucifijo del sacerdote, pero caminando con paso firme.

Se había elegido ese día para la ejecución porque era día de mercado, para que hubiera el mayor número posible de miradas en su paso, pues parece que todavía hay en Francia pueblos medio salvajes donde, cuando la sociedad mata a un hombre, se enorgullece de ello.

Subió al cadalso gravemente, con los ojos siempre fijos en el patíbulo de Cristo. Quiso abrazar al sacerdote, luego al verdugo, agradeciendo a uno, perdonando al otro. El verdugo lo rechazó suavemente, dice un relato. En el momento en que el ayudante lo ataba a la horrible máquina, hizo una señal al sacerdote para que tomara la moneda de cinco francos que tenía en su mano derecha, y le dijo:

—Para los pobres.

Como en ese momento sonaban las ocho, el ruido del campanario del reloj cubrió su voz, y el confesor le respondió que no entendía. Claude esperó el intervalo de dos campanadas y repitió con suavidad:

—Para los pobres.

El octavo golpe no había sonado todavía cuando esa noble e inteligente cabeza había caído.

¡Admirable efecto de las ejecuciones públicas! Ese mismo día, la máquina aún erguida en medio de ellos y sin lavar, la gente del mercado se rebeló por una cuestión de tarifas y casi mataron a un empleado del impuesto. ¡Qué gente tan dócil crean estas leyes!

Hemos creído necesario contar en detalle la historia de Claude Gueux, porque, según nosotros, todos los párrafos de esta historia podrían servir de títulos de capítulos para el libro donde se resolvería el gran problema del pueblo en el siglo XIX.

En esta vida importante hay dos fases principales: antes de la caída, después de la caída; y, bajo estas dos fases, dos cuestiones: cuestión de la educación, cuestión de la penalidad; y, entre estas dos cuestiones, la sociedad entera.

Este hombre, sin duda, nació bien, bien organizado, bien dotado. ¿Qué le faltó entonces? Reflexionen.

Ese es el gran problema de proporción cuya solución, aún por encontrar, dará el equilibrio universal: Que la sociedad haga siempre por el individuo tanto como la naturaleza.

Miren a Claude Gueux. Mente bien formada, corazón bien formado, sin duda. Pero el destino lo pone en una sociedad tan mal formada, que termina

robando; la sociedad lo pone en una prisión tan mal formada, que termina matando.

¿Quién es realmente culpable? ¿Es él? ¿Somos nosotros?

Preguntas severas, preguntas punzantes, que solicitan en este momento todas las inteligencias, que nos tiran a todos por el borde de nuestro abrigo, y que algún día nos bloquearán el camino de tal manera que tendremos que mirarlas de frente y saber qué quieren de nosotros.

El que escribe estas líneas intentará decir pronto quizás de qué manera las entiende.

Cuando se está ante tales hechos, cuando se piensa en la manera en que estas cuestiones nos presionan, uno se pregunta en qué piensan los que gobiernan, si no piensan en esto.

Las Cámaras están gravemente ocupadas todos los años. Sin duda es muy importante reducir las sinecuras y depurar el presupuesto; es muy importante hacer leyes para que yo vaya, disfrazado de soldado, a montar guardia patrióticamente en la puerta del señor conde de Lobau, a quien no conozco y no quiero conocer, o para obligarme a desfilar en el carré Marigny, bajo el beneplácito de mi tendero, a quien han hecho mi oficial.

Es importante, diputados o ministros, cansar y desgastar todas las cosas y todas las ideas de este país en discusiones llenas de fracasos; es esencial, por ejemplo, poner en el banquillo y cuestionar y preguntar a grandes voces, sin saber lo que se dice, al arte del siglo XIX, ese gran y severo acusado que no se digna responder y que hace bien; es conveniente pasar el tiempo, gobernantes y legisladores, en conferencias clásicas que hacen encogerse de hombros a los maestros de escuela de los suburbios; es útil declarar que es el drama moderno el que ha inventado el incesto, el adulterio, el parricidio, el infanticidio y el envenenamiento, y probar con ello que no se conoce ni a Fedra, ni a Yocasta, ni a Edipo, ni a Medea, ni a Rodoguna; es indispensable que los oradores políticos de este país se enfrenten, durante tres días, a propósito del presupuesto, por Corneille y Racine, contra no se sabe quién, y aprovechen esta ocasión literaria para clavarse unos a otros grandes errores de francés hasta el fondo de la garganta.

Todo eso es importante; sin embargo, creemos que podría haber cosas más importantes todavía.

¿Qué diría la Cámara, en medio de los fútiles enfrentamientos que hacen tan a menudo que el ministerio se enfrente a la oposición y la oposición al ministerio, si, de repente, desde los bancos de la Cámara o desde la tribuna pública, ¿qué importa?, alguien se levantara y dijera estas serias palabras:

—Cállense, quienquiera que sea, usted que habla aquí, cállese. Creen que están en el tema, no lo están. El tema es este. La justicia ha descuartizado a un hombre en Pamiers con un cuchillo grande hace apenas un año; en Dijon, acaba de arrancar la cabeza a una mujer; en París, hace ejecuciones inéditas en la barrière Saint-Jacques. Este es el tema. Ocúpense de esto. Luego se pelearán para saber si los botones de la guardia nacional deben ser blancos o amarillos, y si la seguridad es una cosa más hermosa que la certeza.

Señores del centro, señores de los extremos, el grueso del pueblo sufre. Ya sea que lo llamen república o que lo llamen monarquía, el pueblo sufre. Este es un hecho.

El pueblo tiene hambre, el pueblo tiene frío. La miseria lo empuja al crimen o al vicio, según el sexo. Tengan piedad del pueblo, a quien el presidio le quita sus hijos, y el burdel sus hijas. Tienen demasiados convictos, tienen demasiadas prostitutas. ¿Qué prueban estas dos úlceras? Que el cuerpo social tiene un vicio en la sangre. Están reunidos en consulta junto a la cabecera del enfermo; ocúpense de la enfermedad.

Esta enfermedad, la están tratando mal. Estúdienla mejor. Las leyes que hacen, cuando las hacen, no son más que paliativos y expedientes. La mitad de sus códigos es rutina, la otra mitad empirismo. La marca era una cauterización que gangrenaba la herida; ¡pena insensata que sellaba y remachaba el crimen en el criminal para toda la vida! que hacía de ellos dos amigos, dos compañeros, dos inseparables. El presidio es un vesicante absurdo que deja reabsorber, no sin haberlo empeorado aún más, casi toda la mala sangre que extrae. La pena de muerte es una amputación bárbara.

Ahora, marca, presidio, pena de muerte, tres cosas que se sostienen. Han suprimido la marca, si son lógicos, supriman el resto. El hierro candente, la bala y la guillotina eran las tres partes de un silogismo. Han quitado el hierro candente; la bala y la guillotina ya no tienen sentido. Farinace era atroz, pero no era absurdo.

Desmonten esa vieja escalera tambaleante de crímenes y penas, y rehaganla. Rehagan su penalidad, rehagan sus códigos, rehagan sus prisiones, rehagan sus jueces. Pongan las leyes al paso de las costumbres.

Señores, se cortan demasiadas cabezas por año en Francia. Ya que están haciendo economías, háganlas en esto. Ya que están con ánimo de supresiones, supriman al verdugo. Con el salario de sus ochenta verdugos, podrán pagar seiscientos maestros de escuela.

Piensen en el grueso del pueblo. Escuelas para los niños, talleres para los hombres. ¿Saben que Francia es uno de los países de Europa donde hay menos nativos que saben leer? ¡Cómo! Suiza sabe leer, Bélgica sabe leer, Dinamarca sabe leer, Grecia sabe leer, Irlanda sabe leer, ¿y Francia no sabe leer? Es una vergüenza.

Vayan a los presidios. Llamen a su alrededor a toda la chusma. Examinen uno por uno a todos esos condenados por la ley humana. Calculen la inclinación de todos esos perfiles, palpen todos esos cráneos. Cada uno de esos hombres caídos tiene debajo de él su tipo bestial; parece que cada uno de ellos es el punto de intersección de tal o cual especie animal con la humanidad. Aquí está el lince, aquí el gato, aquí el mono, aquí el buitre, aquí la hiena. Ahora bien, de esas pobres cabezas mal conformadas, el primer defecto es de la naturaleza sin duda, el segundo de la educación. La naturaleza los ha esbozado mal, la educación ha retocado mal el esbozo. Enfoquen sus cuidados en este sentido. Una buena educación para el pueblo. Desarrollen lo mejor que puedan esas desafortunadas cabezas, para que la inteligencia que está dentro pueda crecer. Las naciones tienen el cráneo bien o mal hecho según sus instituciones. Roma y Grecia tenían la frente alta. Abran, lo más que puedan, el ángulo facial del pueblo.

Cuando Francia sepa leer, no dejen sin dirección esa inteligencia que habrán desarrollado. Sería otro desorden. La ignorancia aún es mejor que la mala ciencia. No. Recuerden que hay un libro más filosófico que el *Compère Mathieu*, más popular que el *Constitutionnel*, más eterno que la Carta de 1830; es la Sagrada Escritura. Y aquí una palabra de explicación.

Hagan lo que hagan, el destino de la gran masa, de la multitud, de la mayoría, siempre será relativamente pobre, infeliz y triste. A ella le toca el trabajo duro, los fardos que empujar, los fardos que arrastrar, los fardos que cargar. Examinen esta balanza: todos los placeres en el platillo del rico, to-

das las miserias en el platillo del pobre. ¿No son desiguales las dos partes? ¿No debe inclinarse necesariamente la balanza, y con ella el estado? Y ahora, en la parte del pobre, en el platillo de las miserias, arrojen la certeza de un futuro celestial, arrojen la aspiración a la felicidad eterna, arrojen el paraíso, ¡contrapeso magnífico! Restablecen el equilibrio. La parte del pobre es tan rica como la parte del rico. Esto lo sabía Jesús, que sabía más que Voltaire.

Den al pueblo que trabaja y que sufre, den al pueblo, para quien este mundo es malo, la creencia en un mundo mejor hecho para él. Estará tranquilo, será paciente. La paciencia se hace de esperanza.

Así que siembren los pueblos de evangelios. Una biblia por cabaña. Que cada libro y cada campo produzcan juntos un trabajador moral.

La cabeza del hombre del pueblo, esa es la cuestión. Esta cabeza está llena de gérmenes útiles; usen lo más luminoso y bien templado en la virtud para hacerla madurar y prosperar. Alguien que ha asesinado en las grandes rutas, bien dirigido, habría sido el mejor servidor de la ciudad. Esa cabeza del hombre del pueblo, cultívenla, desbrocenla, riéguenla, fecúndenla, iluminenla, moralícenla, úsenla; no necesitarán cortarla.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB